

Olimpia y Nectanebo

Doncella imbuida de frenesí, en solitario se figuraba bacante en la cima del monte. Profetisa, columbraba en su vientre una capa de fuego y en los pezones caudales de un río de color. Única por su ojo solar, quemaba al otear y su voz abrasaba con tonalidades ardientes. Hembra fiera, sierpe presta, se erguía como reina desde su infancia y alisaba su manto con talante de hoguera. Y es que Olimpia, por sobre las cuestiones mundanas que apañaban su fama de poderosa sibila, amaba los signos, los cultivaba más que a las panaceas y los veneraba en el lecho, a la mesa o en el trono.

Olimpia nunca se conformó con el saber intramuros de las mujeres ni le atrajeron los enfrentamientos directos. Es probable que esta naturaleza suya, heredada de Aquiles por la secreta vía de la sangre, fuera la guía en la reconocida inteligencia estratégica de Alejandro para nunca atreverse de frente con el enemigo y asegurar la victoria por los más inesperados flancos.

Bacante apasionada, Olimpia significaría mucho más que vínculo conyugal del Épiro con el hijo de Amintas y mucho más que reina de Macedonia. Antes de desposarla, Filipo sucedió en el trono a su hermano Pérdicas cuando éste, por defender los derechos portuarios y la soberanía macedónica, perdió la vida con cuatro mil hombres ante los invasores ilirios comandados por el rey Bardilis en tan tremenda matanza, que se escribió en tablillas la fecha y sus pormenores para que nadie olvidara el ocre sabor de la derrota.

En casos como éste, en que los poderes cambiaban de rumbo y la sangre se encauzaba a filiaciones inesperadas, el mundo se estremecía y todo quedaba pasmado ante la voluntad de los Hados. Y el destino se inclinaba en favor de la valentía, en favor del arrojo y del afán de conquista, porque Macedonia vislumbraba la orilla de su expansión ya que de tribu batalladora, vecina rural de la deslumbrante Grecia, se transformaba en símbolo de un poderoso imperio.

Si Teopompo dijera que Europa nunca había producido un hombre como Filipo, en Pelas confirmaría que en nada le resultaba inferior Olimpia ni su flama sucumbía frente al empuje soberano. Filipo era Filipo, combativo en Grecia o en Sicilia, pero al enfrentarse con ella se encenizaba su fama y a su pesar se transformaba en pabilo junto a semejante hoguera. Y es que Olimpia era sierpe en alerta, más que chispazo y, cuando tendida en el lecho con un bravío que la resistiera, se desplazaba por el amante como agua sobre la roca. Probarla, decían los más recios, era hazaña mayor al deleite del mando y aun superior a las victorias guerreras. Crepitaba su piel desnuda y, versátil como era, impredecible y sensual, intercalaba el oleaje al resplandor y destellos de Hades a plácidas jornadas bajo la Luna. Apenas rozarla o transgredir el ritual, insultaba al incauto o la echaba con furia. A su antojo se distendía, perdonaba y reelaboraba el ceremonial. Clamaba con rogativas obscenas y erguía sus pezones como mecheros nocturnos.

Así afianzaba su dominio furtivo, con el sigilo de las culebras y las artimañas de Baco. Embriagaban su aliento, el sudor que la surcaba reblandeciéndola y el corear de su ronroneo. A poco engrosaba la voz y, regenta del éxtasis y de los secretos dionisiacos, entonaba a capricho el canto sexual de la sibila.

De índole nocturna, se inclinaba hacia el misterio. De allí la potencia de Filipo, su ali-

mento prodigioso; de allí, tal vez, sus afamados tránsitos bacantes y la espiral de celos que lo jalaba hasta la sima. Sombra embriagada de su sombra, desesperado fugitivo, amante nostálgico del fuego y, al final, un vulgar violador de jovencitas.

Cierto, Filipo era Filipo, estratega y batallador; pero ella era de fuego. Olimpia, con su melena al rojo, relumbraba bajo las mantas. Amanecía con rocío. Quemaban sus ojos verdes, el culebrear de sus brazos y resonaban sus pasos como si en las plantas llevara el vigor de un ejército. Traspasaban sus pupilas la piel y en un parpadeo arrancaba secretos, confesiones y juramentos. Engendrada con la sustancia de Dionisio, en sus sueños mezclaba el espíritu del ancestral Egipto, el regusto insaciable de las menades y una no tan oculta pasión por el enigmático Nectanebo, héroe al que los dioses hicieron llegar hasta su entraña para que en el mundo se supiera de qué son capaces los hombres cuando se juntan el huracán y la hoguera.

Gobernante destronado en Menfis y exiliado secretamente en Macedonia, Nectanebo ostentaba la luz de quienes inquietan el alma. Era bello, más hermoso que los nubios y su carácter templado por la derrota. Así era Nectanebo, distinto a los macedonios y a todos los griegos, ardiente como las arenas de Libia y digno rival de Minos. Estudiaba las cosas del mundo y sus revelaciones proféticas. Elaboraba tintas, brebajes o maquinarias para medir el tiempo o facilitar con papiro enrollable lo que hasta entonces se escribía en burdas tablillas. Inventaba remedios para males oscuros, curaba las fiebres y mitigaba aprehensiones de Eros.

Perdido el cetro de Egipto, decidió escudriñar el enigma del tiempo. El poder, pensaba, no debe atarse ni depender de una silla. El poder es el signo; un signo tan inasible como las aguas del Nilo; fiero y magnético, como la vastedad del desierto, e indiscutible como el sello del mando. Y de eso sabía Nectanebo pues, sin distingo de reyes o esclavos, los hombres leían la superioridad en sus ojos; unos, porque bajaban la vista intimidados por su dominio; otros porque luchaban en vano contra la tentación ya que, sin saber cómo ni por qué doblegaban su voluntad ante él y después repetían que nunca perdió el mando del Alto Egipto ante otro quien, en la fuerza de su pupila, manifestaba el sagrado vigor del verbo.

Estudiaba vericuetos y con maestría practicaba el arte de sugerir. Por eso intimidaba, porque su voz no estaba vacía y porque llenaba de ensoñaciones la tribulación o la incertidumbre. Hablaba con la verdad y espantaba. Que era terrible, murmuraban de pueblo en pueblo, pero secretamente envidiaban la gracia con la que Amón lo marcaba. Lejos de envanecerse, Nectanebo pulía su palabra, la iluminaba.

Musitaba rogativas a la hora del sacrificio y exageraba su extravagancia para que las lenguas hablaran. Al intuirlo en la hondura de sus pupilas, Olimpia supo que era en verdad un hombre. Si él se acercaba, ella se estremecía. Él la olfateaba a distancia y ella perseguía su aliento. Se ruborizaba ella y él discurría cortejarla como a doncella. Se acercaban al través de la voz, pero sus cuerpos temblaban bajo las túnicas. Se tocaban los dedos y la pasión estallaba hasta enceguecerlos. Entonces se inflamaba la hoguera y los dioses de Egipto y Grecia se congregaban en Pellas.

Así, mientras Filipo guerreaba, Olimpia se entregaba a la voluntad superior convencida de que en su lecho se ayuntaban el prodigio de Eros y la tiniebla de Osiris cuando Amón se manifestaba al amanecer, después de ofrendar a Ra y al pie del olivo, según lo asegurara Nectanebo a su amante, para reiterarle su promisorio designio.

Poeta, astrólogo y matemático, el egipcio aceptaba el destino del Hombre y se atrevía con las armas. Era vengador y valiente; tan sabio como sensual y distinto a guerreros y reyes, a sacerdotes o magos tal vez porque estaba llamado a engendrar al más admirado y aborrecido, al declarado en Siwah hijo de Amón y de Zeus que reinaría transmutado en signo.

Escudriñador de secretos, supo que desde que Proteo acogiera a Dionisio en la región del Nilo de algún modo congregarían sus fuerzas el gran Amón y el dios de la manía para engendrar en Macedonia al rey de fuego y sucesor de Heracles, mezcla de lucidez y furor, para que fabularan los hombres con la transmutación del poder.

Ayudado por la magia, contempló Nectanebo al dios durante el holocausto y purificó el vientre de Olimpia para engendrar un vástago de lumbre. Luego, al corroborar que la Luna, los augurios y los sueños estaban de su lado, se atavió con vellocino suave de carnero;

los cuernos dorados del barbado Amón sobre las sienes; blanca su túnica de lino, el cetro de ébano en su diestra y desde los hombros, el manto serpentino de los ritos dionisiacos. Era ascua su aliento, alta su llama interior y digna de Amón su ofrenda nupcial. Así, encendido de amor, el soberano se adentró en el lecho sibilino y la sedujo en medio de delirios alucinantes.

Imbuidos de frenesí, ejecutaban los amantes su danza ritual en honor de la manía. Libaban u ondulaban los pliegues en suave desliz cuando la frenética Olimpia evocaba a los sátiros o asimilaba el talante bestial. Él, a distancia, la acechaba con franca lujuria y ella se retorció para avivar su lascivia. Entre mascaradas e involuciones, agradaba la ejecutante al dios transmutando en grulla aquí, en sierpe allá, en leopardo o en sacerdotisa, hasta desencadenar la locura.

Así la cautivó el del suave vellocino, con periodos de frenesí y purificación, durante varias noches con sus días en el tálamo nupcial con la certeza de que era el dios, adueñado de sus rasgos, el que engendraba al de feliz fortuna. En su lecho ardían las pasiones con los humores e iba y venía un hombre-culebra-dragón que aparecía/desaparecía al ritmo de su lujuria. El ofidio se entusiasmaba; acechaba o la desafiaba erguido con miembro olímpico, relámpago escarlata, y ella lo abrazaba presa de arrobamiento. Se deslizaban los dos, se estrechaban o apartaban dejando su estela de chispas al pie del altar. Enardecida, ella lo honraba con agregadas caricias. Transitaba por la geografía de su piel y tributaba su miembro enhiesto con el contoneo de las bacantes. Miembro sierpe, culebra y fumarola resplandeciente, lo veía la sibila y se enardecía; lo sentía y se abrasaba. Delirio pleno, fuego frente a fuego, hasta el rincón de la sombra se iluminaba cuando se encontraban los dos. Ella lo atraía y él jadeaba al acecho. Lagarto alado, se empinaba como si custodiara su caverna sagrada; cabalgaba por el recinto afilando su gesto ofídico y la seducía como seduce la lumbre a la hoguera.

Otra vez se arrastraban con el corazón tembloroso y se enroscaban concelebrando al dios en estrepitoso apretón conyugal. Quedaban exhaustos entre gemidos febriles, la eyaculación superior y el espasmo abrasador de la sibila. Distendidos como la vid, se entregaban al sueño hasta que Dionisio mitigara su embriaguez y ella reinara de nuevo en su región sibilina.

Intimidado por tan extrañas apariciones, Filipo amortiguó su deseo marital y prefirió no reposar más con ella ni estar a su lado durante el culto a la noche, no fuera ser víctima de encantamientos o del maleficio que solía recaer en quienes dormían con bacantes que se ayuntaban con dioses.

El rito amoroso de Olimpia rebasaba lo permisible en los usos místicos y espantaba con sus serpientes del diario o con el dragón eventual. Todo en nombre del dios y avalado por los designios, se enroscaban las víboras en las ramas, en las columnas y en las coronas y ella se solazaba buscando sus roces o bramaba hasta que se mitigaran sus ansias y retornara el sosiego.

Así, en medio de tormentosas ensoñaciones paternas, nació Alejandro durante un terremoto, con estruendo de rayos y viento, como si el universo sufriera el alumbramiento. Rodó la criatura hasta el suelo por el pujido de Olimpia mientras Nectanebo corroboraba la situación de los astros.

Esto ocurrió en el mes de hecatombeón, al que los macedonios llamaban *loon*, el día sexto, mientras se incendiaba el templo de Diana Efesina. Coincidencia que, según Plutarco, diera ocasión a Hegesias el Magnesio de asegurar que cómo no iba a quemarse su templo, si Diana lo había abandonado por asistir al nacimiento del macedonio.

En Éfeso, los magos tuvieron por fatal agüero la destrucción del santuario. Que una gran desventura se tendía sobre el Asia, clamaban a voces y se lastimaban los rostros o rasgaban sus vestiduras en señal de infortunio. En cuanto a Filipo, recibió la noticia al tomar Potidea al mismo tiempo que Parmenión, célebre vencedor olímpico, triunfaba sobre los ilirios después de una cerrada batalla. Los adivinos acrecentaron su júbilo al manifestarle que aquel niño, nacido entre tres victorias, sería un conquistador de fuego. ♦